

á lo menos la inocencia de Susana, las lágrimas de su familia excitarán quizá algún remordimiento en aquellos corazones desalmados y los contendrán en sus criminales intentos... No, hermanos míos, nada es capaz de contener á los que se dejan dominar por esta vil pasión... ¡ Oh Dios mío, alejad de nuestras almas ese vicio horrible, hacednos justos y castos, á fin de que estando unidos con vos por la gracia en la tierra, podamos gozar un día en el cielo del premio que habeis prometido á los limpios de corazón, cuando dijisteis : *Beati mundo corde, quoniam ipsi Deum videbunt...* Asi sea.

CUADRAGÉSIMA INSTRUCCION.

SEXTO MANDAMIENTO.

SEGUNDA INSTRUCCION.

CAUSAS PRINCIPALES DE LA IMPUREZA ; LAS COMPAÑÍAS PELIGROSAS,
LAS CONVERSACIONES DESHONESTAS, LOS BAILES.

TEXTO. — *Non mæchaberis.* No fornicarás.

(Exodo, xx, 14).

EXORDIO. — Hermanos míos, el último Domingo os decía que, según la autoridad de un gran santo, de un misionero lleno de experiencia, S. Alfonso de Ligorio, es la impureza la causa casi única de la condenación de la mayor parte de los que van al infierno. ¿ Y porqué esto ? A mi modo de ver este funesto resultado podría atribuirse al poco horror que inspira por lo comun, especialmente en nuestros días, este vicio abominable. Lo que para un alma honesta sería motivo de vergüenza, viene á ser para muchos graciosa chocarrería, materia de risa y de diversion, siendo no pocos los que llegan á jactarse de aquello que debería ser manan-

tial inagotable de lágrimas y pesares. Se muestra celo en reprobar ciertas faltas, en detestarlas y en imprimir en los hijos un temor saludable contra las mismas... Mas con respecto á la impureza !... todo es descuido, disimulo é indiferencia !... ¡ Qué raros son los padres y madres, á menos de ser verdaderamente cristianos, que vigilen contra este vicio y presten á sus estragos la atención debida !

Muchos padres dicen á sus hijos : Hijo mío, hija mía, procurad ser honrados ; guardaos de cometer el menor robo ; los ladrones casi siempre son habidos y severamente castigados ». Después se les citan algunos ejemplos ; se les habla de los guardias, de la cárcel etc... Pero decidme : ¿ cuántos padres y madres podréis encontrar que digan : « Hijo mío, sé casto, modesto, reservado ; Dios ve el fondo de tu corazón, tu conciencia es ante sus ojos como un libro abierto ; guárdate, pues, de fomentar en su seno pensamientos malos y deseos culpables ». Reconozcámoslo, hermanos míos, este vicio innoble, este vicio infame que cubre de arrugas precoces la frente del jóven, que marchita la vista de la jóven doncella é imprime sobre sus facciones el estigma de la vergüenza, no inspira sin duda todo el horror merecido, no se le detesta como merece ser detestado...

PROPOSICION. — Esta mañana, pues, me propongo hablaros de las causas de la impureza, es decir, de las circunstancias, de las ocasiones que contribuyen á desarrollar en las almas el vicio prohibido por el sexto mandamiento de la Ley de Dios. Se cuenta entre estas causas un gran número ¹ ; pero yo me limitaré á insistir sobre las que principalmente suelen encontrarse en nuestras pequeñas parroquias.

DIVISION. — Señalaré, pues, tres causas que producen y fomentan en las almas el vicio contrario á la santa virtud de la pureza ; de paso diré algunas palabras sobre las demás, en cuanto me pa-

1. Conocidos son estos dos versos : *Otia mensa, libri, vaga lumina, verba, sodales ; Hæc tolle, hanc minue, hos muta, hoc claude, hoc fuge, vita hos.* Evita la ociosidad, sé sóbrio en la mesa, cambia tus lecturas, mortifica la vista, huye las conversaciones y compañías peligrosas...

rezca necesario á nuestra instruccion. *Primeramente* las compañías peligrosas: *en segundo lugar*: las conversaciones y canciones deshonestas; y *terceramente*: los bailes. Tales son las tres causas de este vicio, sobre las que deseo fijar vuestra atencion.

Primera parte. — Hermanos carísimos, todos los varones sabios y experimentados enseñan con razon que la ociosidad y los excesos en el comer y en el beber son circunstancias que conducen á la impureza¹. Y en efecto, vosotros mismos tal vez lo habréis experimentado. Cuando, con ocasion de un festin de boda ó de la celebracion de fiestas prolongadas, hayais interrumpido vuestros trabajos y cometido algunos excesos, siquiera ligeros, decidme ¿no os habeis hallado menos modestos y recatados, que de costumbre, en vuestras palabras y acciones?... Dejo á vosotros mismos la respuesta. Pero semejantes accidentes no ocurren con frecuencia en vuestra vida de trabajo y ocupacion. Hablemos, pues, de las compañías peligrosas. Para muchas almas es indudable, hermanos míos, que el trato entre personas de diferente sexo es causa de pecado y ocasion de lamentables caídas. Se cuenta sobre la propia virtud y sobre la virtud de los demás; y esta especiosa confianza no es mas que un lazo del demonio que nos endormece, para perdernos con mas seguridad. Por fuerte que sea una barra de hierro, el continuo frote de la lima concluirá por cortarla; á cada frote ella se lleva una partícula y muy pronto, como sabeis, ha roído la barra entera. Así sucede con los tratos peligrosos. Poco á poco van ellos quitando al alma ese pudor, esa reserva, esa delicadeza que constituían su mas segura defensa; de flaqueza en flaqueza, de concesion en concesion, se concluye por hacerse una conciencia falsa, por familiarizarse con el mal; y al cabo... se encuentra el abismo... en donde se baja con ciega precipitacion... Los que ya teneis edad habréis sin duda conocido á jóvenes doncellas que, despues de haber sido modelos de virtud, de firmeza y de buena conducta, de resultas de un trato peligroso han concluido por caer en el último grado de la deshonor y del oprobio. ¡ Si á lo menos á

1. Confer á Drexelio, *Nicetas*, cap. 1 et 11, *primi libri*.

la luz de tales ejemplos los padres y madres llegasen por fin á comprender toda la fuerza de sus deberes!...

Una vez el guardian de un rebaño fué cogido y echado á un oscuro calabozo. Allí, examinando su conciencia, se decía á sí mismo: ¿ De qué pueden acusarme? Yo reposaba tranquilamente á la sombra de los álamos, me divertía tocando mi flauta, y á veces me entretenía leyendo un buen libro de historia. Evidentemente no pueden condenarme, pues en nada soy culpable... Desgraciado! le dice el juez; no es sin duda por haber leído un buen libro que vas á ser castigado, sino por no haber velado sobre el rebaño que tenias confiado; tu eres responsable de los daños causados por tu negligencia... Padres, que me escuchais, esta es vuestra historia. Dios os ha confiado la guarda de vuestros hijos, de vuestras hijas, velad sobre su inexperiencia, reflexionad á donde pueden llegar empujados por una culpable licencia, cortad esos tratos peligrosos... Eso os importa mas á vosotros y á vuestros hijos que los mismos ejercicios de piedad, que de ninguna manera podrán disculparos del olvido de vuestros mas sagrados deberes¹.

¿ Acaso os ocurra hacerme una objecion?... No la hagais, voy á contestarla... Cuando los jóvenes están para casarse, diréis, es menester que se traten... Y ¿ porqué?... Para conocerse!... Pero en nuestros pequeños pueblos todos se conocen lo bastante... ¿ No habeis notado que casi siempre los matrimonios menos unidos son aquellos que han sido precedidos de mas largos tratos? Si absolutamente estais resueltos á consentir en algun trato, no me opongo á ello; pero á condicion de que tenga lugar en presencia de los padres, y de que no degenerare en esas largas y fastidiosas conversaciones de solo á sola, que encierran siempre funestos peligros... ¡ Madre desventurada, que así abandonas durante largas horas á tu hija, sin vigilarla! ¿ No has sido tú joven alguna vez? No has tenido todavía tiempo para conocer las miserias del pobre corazon humano?...

1. Véase á S. Leonardo de Porto-Mauricio. *Sermon sobre la educacion de los hijos*.

Segunda parte. — La segunda causa que conduce al vicio prohibido por el sexto mandamiento de la Ley de Dios, son los discursos licenciosos, las canciones obscenas. Bajo este titulo intento tambien comprender las malas lecturas.

Una sola palabra sobre este último punto. Si quereis ser prudentes, conservar la paz y la castidad en vuestro corazon, no leáis jamás malos libros... No me gusta ver que una mujer ó una doncella se ocupe en recorrer con curiosa avidez, las hojas de ciertos folletines que ofrecen los periódicos. Hay en eso no solo una pérdida de este tiempo tan precioso, de que Dios nos pedirá estrecha cuenta, sino que casi siempre anda allí encerrado algun peligro para el corazon, algun riesgo para la virtud. Es tan bien escrito me diréis y tan interesante!... ¡ Vanas razones!... Si en este auditorio se encuentra algun lector ó lectora de semejantes folletines, que se atreva á confesar con la mano puesta en el corazon y en presencia de Dios que lo que en tales lecturas les alhaga es la elegancia del estilo y no mas bien lo picante y escabroso de ciertas aventuras. Que nos digan de verdad ¿ qué pasajes han quedado mas impresos en su memoria y han sido releídos mas veces? Y fuera de esto, ¿ qué importa la elegancia del lenguaje, si el pensamiento que con el mismo se pretende engalanar, es un pensamiento peligroso y corruptor?... Cubrid de flores un monton de estiércol, y estiércol quedará... ¿ Quisierais beber una ponzoña, porque se os presentase en copa dorada? Ea, pues; lejos de nosotros los malos libros y las frívolas lecturas.

Por lo demás, hermanos carísimos, me complazco en reconocerlo, gracias á Dios, los malos libros son raros en esta parroquia y mas raros todavía los lectores y lectoras de novelas. Ojalá pudiese afirmar lo mismo respecto de los discursos libres y de las canciones obscenas!... Se me califica de demasiado severo, cuando se trata de permitir á los niños del Catecismo el asistir á los festines de bodas ó á otras semejantes reuniones, que deberían ser serias y edificantes, como fiestas de familia, y que por desgracia, lo sabeis mejor que yo, son otra cosa bien diferente por cierto. Infelices! ¿ Es decir que no podeis reir, estar alegres y divertirnos

sin ofender el pudor? ¡ Qué dignos sois de lástima!... Ah! carísimos hermanos, ¿ ignorais por ventura que esos discursos deshonestos son una semilla infernal, que mancha la imaginacion y produce, sobre todo en las almas de los jóvenes, frutos de muerte y perversion?... Los santos mismos temían exponerse á ese peligro.

Léase en la vida de S. Valerico que, viajando este digno sacerdote en invierno, se vió forzado, á causa del rigor del frio, á pararse en una casa, que se hallaba en el camino. A penas hubo entrado el santo, cuando el amo de la posada y el juez de la comarca se pusieron á entablar las mas obscenas conversaciones. ¿ Ignorais, señores, les dijo Valerico, que los hombres tendrán que dar cuenta de sus palabras en el día del juicio? Esta advertencia fué acogida con algazara y fuertes risotadas... La conversacion continuó en un tono todavía mas sucio. — Me voy, dijo el santo sacerdote, había querido calentar mis miembros ateridos, pero vuestras conversaciones me causan mas dolor que el frío mas insoportable; en el tribunal de Dios nos encontraremos!... Una explosion de rechiflas acogió estas últimas palabras del santo... Pero Dios, provocado en su justicia, castigó de una manera repentina esa desvergonzada obscenidad de lenguaje... El uno perdió súbitamente la vista; el otro, atacado de un mal terrible, espiró pocos días después... Quisieron ellos llamar al santo, pero era ya tarde! Como aquel santo, debemos portarnos nosotros; cerremos nuestros oídos á las conversaciones deshonestas, y por estar mas seguros todavía, apartémonos con horror de aquellos que entablan semejantes discursos.

Lo que acabamos de decir, hermanos carísimos, tocante á las conversaciones deshonestas, debe aplicarse, aun con mayor motivo, á las canciones obscenas y licenciosas... No las escuchéis jamás, ni tampoco las retengais en la memoria, si deseais conservar puras vuestras almas y castos vuestros pensamientos... « Sobre todo, os diré con un santo³ doctor, no las canteis nunca; dejad

1. Matth. xii, 36.

2. *Apud Surium*, Append. I, de sancto Vallerico.

3. S. Clemente de Alejandria, apud Lohner.

este triste papel á los hombres borrachos, ó á las mujeres de mal vivir... »

Tercera parte. — La tercera causa que debo señalar, como fomentadora del vicio de la impureza, son los bailes, y muy particularmente los bailes de noche, tales como, por desgracia, tienen lugar en muchas parroquias. Bien lo sabeis, hermanos carísimos, muy pocas veces trato de esta materia... Cuánto mas me place hablaros del hombre reservado, que en sus palabras y acciones da muestras de comprender su dignidad de padre de familia; y cuanto mas me place tambien hablaros de esas mujeres que, por su recato y la santidad de su conducta, saben mostrarse dignas de los nobles oficios de esposa y madre cristiana! Atrás! sí, atrás esas desventuradas madres, que arrojan sus hijas al baile y á veces ellas mismas las acompañan, mostrándose todavía menos modestas!... Siento gran repugnancia hablar de tales madres... Escuchad; hace cerca de cuatro años, un cierto número de niñas estaban juntamente arrodilladas aquí en esta iglesia, cautivando con su compostura. ¡Qué devotas, qué modestas, qué recogidas aparecían entonces! Cuánto las embellecía la vestidura virginal de la primera comunión! Ah! entonces se habrían engañado vuestros ojos; no os habría sido fácil reconocerlas y distinguir las unas de las otras. En todas era de ver la misma modesta actitud, el mismo recogimiento piadoso, la misma fé sencilla y radiante de ventura!... Si por casualidad las encontrasteis ayer, decidme, si retienen todas ahora aquella misma envidiable semejanza!... Es verdad que las unas han conservado el mirar modesto y el porte reservado; aunque jóvenes, su virtud os inspira cierta suerte de respeto; nada de inmodesto se repara en su vestir, nada de inconsiderado en sus palabras, nada de desvergonzado en su andar. Estas no van al baile, se muestran fieles en cumplir sus deberes religiosos, y estad ciertos de que sus padres las encuentran dóciles y laboriosas. Más, ¿y las otras? Observad cuanta impudencia en sus miradas, qué aturdimiento en sus maneras, qué liviandad en su porte; escuchad las conversaciones que murmuran y las canciones que entonan con preferencia. Y si pudieseis penetrar en el fondo

de sus pensamientos, veríais cosas todavía peores. Mas si deseais estar bien al corriente de lo que son ellas, escuchad lo que de las mismas piensan y dicen los jóvenes que las tratan... Ah! esas van al baile, al sarao; no digais mas!... Sabedlo y entendedlo bien, pobres doncellas; la piedad, la modestia y el pudor son tres plantas muy delicadas que crecen y florecen juntas en vuestro corazón y constituyen su mas bello ornamento; pero fácilmente se empañan y marchitan. Los malos pensamientos, las malas conversaciones y las ocasiones peligrosas las ahogan bien pronto...

Mientras os estoy hablando, un pensamiento me molesta... Parecéme oír á ciertas madres bobas ó poco advertidas, que me dicen: Pero, si no es el baile en donde se comete el mal!... — Yo podría responderos que os engañais neciamente, que las palabras obscenas que allí se oyen, esos pensamientos y deseos torpes, esa sobreexcitación de los sentidos, esos movimientos lascivos son otros tantos pecados graves. Podría demostraros tambien que en el baile se bebe el vicio por todos los sentidos!... Pero vamos... yo os quiero conceder por un momento que el mal no se hace en el baile. Decidme empero; ¿no es allí en donde se prepara? No germinan allí las pasiones? No se dan allí citas culpables y tenebrosas? No se trama en el baile... me da empacho el decirlo... me detengo pues... Un día preguntaba una señora al P. Lacordaire, si era mal asistir al baile y sarao y frecuentar ese género de diversion... « Señora, contestó el sabio religioso, á Vd. toca decirme; qué me sé yo? Vd. lo sabrá mejor. » Igual respuesta os hago yo, madres, que me escuchais... Figuraos que os encontráis en vuestro lecho de muerte, y pensad seriamente si en aquel momento supremo os causará satisfaccion alguna el haber permitido á vuestras hijas frecuentar esas reuniones peligrosas...

PERORACION. — Basta ya, hermanos carísimos, sobre este particular. No es de mi gusto el dirigir reproches, ni aun á esas pobres doncellas que olvidan el recato y la modestia, cuyas virtudes constituyen el mejor brillo de su honra. Pobres hijas extraviadas, ¿no es verdad que os sentíais mas dichosas, cuando os guiaba la prudencia?... Ah! prefiero recomendar á las que se han mantenido

piadosas y castas y quieren continuar siéndolo siempre; una tierna devoción hacia la santísima Virgen, espejo de toda pureza. Oh hijas mías, amad con fervor á la divina Madre de Jesús, sed fieles en regolarla é invocarla; fijad con la mayor frecuencia posible vuestros ojos sobre ella para imitar sus ejemplos; colocad bajo su poderoso patrocinio la época tan peligrosa de vuestra juventud, y ella os conservará santas y puras... Su protección es un escudo invulnerable para el pudor, una salvaguardia eficaz para la modestia.

Todos en fin, o cristianos, ya que todos estamos expuestos, coloquémonos bajo la tutela poderosa y amorosísima de esta augusta Reina de los cielos. Cualquiera que se mantenga fiel en la devoción á la Virgen Inmaculada, evitará los bailes y las conversaciones torpes y los tratos y compañías peligrosas; y con la ayuda de socorro tan poderoso sabrá el devoto de la Virgen María triunfar de todas las seducciones, conservar su alma en la castidad, mereciendo por fin ver cara á cara á nuestro gran Dios, cuya contemplación es la recompensa prometida á todos los limpios de corazón... *Beati mundo corde, quoniam ipsi Deum videbunt...* Así sea.

INSTRUCCION CUADRAGÉSIMA PRIMERA.

SEXTO MANDAMIENTO.

TERCERA INSTRUCCION.

EFFECTOS TEMPORALES Y EFFECTOS ESPIRITUALES PRODUCIDOS POR EL VICIO DE LA IMPUREZA.

TEXTO. — *Non mœchaberis.* No fornicarás.

(Exod. xx, 14).

EXORDIO. — Hermanos míos, desde que os voy explicando los mandamientos de la Ley de Dios, una reflexión sin duda se habrá

presentado al espíritu de muchos de vosotros. Al ver la verdad con que indicaba ciertos detalles, al escuchar la precisión con que señalaba algunos desórdenes existentes en esta parroquia, y la fidelidad con que reproducía ciertas frases ó palabras, escapadas quizá á ciertas personas, os habréis dicho á vosotros mismos: ¿Cómo puede saber esto nuestro Párroco? alguien sin duda va á contárselo. — Si habéis pensado así, hermanos carísimos, os habeis engañado.

Un médico cualquiera, por poco instruido que sea, si tiene que visitar por algun tiempo á un enfermo, no podrá menos de conocer su temperamento y de definir casi con certeza la enfermedad que dicho enfermo padezca. Así tambien un párroco, por poco celo que tenga por la salvación de las almas que le están confiadas, no puede permanecer durante algunos años en una parroquia, sin llegar á conocer al fuerte y al débil, sin saber á poca diferencia los recursos que la misma parroquia puede ofrecer para el bien y los desórdenes que cunden en ella, fomentando y difundiendo el mal. Demos mas amplitud á nuestra comparación. Si un médico, despues de conocida una enfermedad, diese remedios, si buenos para una enfermedad distinta ó un temperamento diferente, pero peligrosos é inútiles para la dolencia y persona que trata, ¿no le juzgaríais culpable y reprehensible? Lo mismo podríais juzgar de un párroco que, conociendo su parroquia, no tratase de procurarla la instrucción, de que la misma tuviese necesidad, ni se esforzase en combatir los vicios que en ella cudiesen y los defectos que en la misma observare... Prosigamos, pues, en la tarea emprendida... Al señalaros las causas que conducen á la impureza, nada os he hablado de los espectáculos; eso habría sido inútil, pues no tenemos aqui teatros, ni actores. En cambio os he hablado de los bailes y de los tratos peligrosos, pues, por desgracia, no faltan aqui. No era, pues, inútil hablaros de semejantes cosas. Haga Dios que mi explicación haya sido bien comprendida, inspirando á aquellos y aquellas que me escuchaban, reflexiones útiles y saludables.

PROPOSICION. — Para inspiraros, pues, una aversión mas pro-